Argos
Revista electrónica semestral
de estudios y creación literaria
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 8, número 22 / Julio-Diciembre 2021
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Hugo Obledo

Meliandro.

Narrar una historia como la que estoy a punto de contar me ha resultado durante muchos días un asunto de preocupación. Pero creo que una historia como esta no debería de ocultarse en el alma y dejar que se consuma en el tiempo, tal como se consumió la vida del personaje que relataré. Meliandro era un joven como cualquier otro. Vivía en un hermoso hogar al lado de sus padres, donde reinaba la paz, la tranquilidad y las buenas costumbres. Llevaba una vida muy disciplinada, la rectitud de sus padres hacia el buen comportamiento y la responsabilidad de las tareas, eran cuestiones que debía cumplir a carta cabal. No pretendo decir que fueran malos con él, lo querían a su modo, como sabían querer; aunque hubo días en la vida de Meliandro que hubiera deseado una caricia por parte de ellos, una mirada de aprobación o un rose de sus dedos en sus mejillas. Con los años Meliandro fue acostumbrándose a esa forma de vivir, comprendió que más allá de su frialdad, el tratar de conducirlo por el camino correcto era la forma que ellos tenían de mostrarle su cariño. De alguna manera era feliz; pero un día descubrió que aquella alegría a lado de sus padres, de los libros y de los juegos, empezaban a ser parte de su pasado, que esa felicidad no era completa, sino una sola parte de su vida.

Todos los domingos se despertaba temprano. Abría las ventanas y permanecía recostado en su cama durante varios minutos. Algunos pajarillos llegaban a la ventana a cautivarle el alma con su dulce canto, pues desde que dejaba algunas

migajas de pan sobre la ventana, no había día en que no llegaran a cantarle sus mejores melodías. Cuando dejaban de cantar y se iban, se levantaba de la cama y desayunaba junto a sus padres. Muchas veces los desayunos pasaban en silencio, normalmente con rapidez. Sus padres, llenos de compromisos, consultaban los pendientes que tenían en ese día. Miraban el periódico y exclamaban algo al aire, sin esperar que una respuesta surgiera. Cuando contaban con más tiempo le preguntaban qué tal le iba en la escuela o qué libro estaba leyendo.

El domingo era especialmente el día más feliz y anhelado por él, ya que era el día en que podía alejarse un poco de sus deberes escolares y pasar tiempo jugando en lo que quisiera. Esos momentos los aprovechaba sobre manera. A pesar de que se consideraba un joven apegado al estudio, dentro de él existía un sentimiento de remordimiento o culpa, sentía que nunca lograba hacer lo suficiente para que sus padres se sintieran orgullosos. Muchos años llevó el estudio a ser su principal prioridad, dejando a un lado los juegos y las lecturas de poesía que tanto le gustaban. Pensaba que de esa forma sus padres podrían darle un cariño extra. Su vida no era precisamente la que podía tener un hijo único, al que consintiesen y dieran todo el amor; muy al contrario, con frecuencia se albergaban sentimientos de impotencia al no poder hacer lo suficiente para recibir algo más que un frío y pasajero beso en la mejilla. Nunca lo consiguió. Por dentro sabía que el amor de sus padres era sincero, pero buscaba que algún día pudieran expresárselo con algo más allá de un ¡bien hijo!, o una palmadita en la espalda.

Luego de que desayunaban, tomaba su bicicleta y salía a pasear. Le gustaba pedalear lentamente, sentir el suave movimiento de las ruedas, el fresco soplo

del viento y apreciar los coloridos alrededores. Un día al pasar cerca de un parque notó un grupo de personas reunidas. Intrigado por aquel suceso decidió averiguar de lo que se trataba. Bajó de la bicicleta y se aceró más. Fue en ese instante cuando vio a aquella joven que transformó su vida en un segundo. Sentimientos jamás experimentados en su joven corazón aparecían, ofreciéndole una felicidad diferente, ignorada por él hasta ese momento. Su corazón tuvo un pulso más acelerado, sin sospechar si quiera el motivo de tan alborozo sentimiento. En tan sólo un instante había conocido el placer amoroso, aquel que se cultiva en los ojos y nace en el corazón. Se acababa de abrir una ventana en su pecho, dejando albergar un nuevo sentimiento, diferente a cualquier otro, dulce y hermoso.

Aquella joven de unos veinte años de edad bailaba al compás de la música. Detrás de ella un grupo de mujeres intentaban seguir sus pasos, la mayoría sin fortuna. Meliandro se hizo paso entre la gente que entretenida miraba aquel espectáculo; se sentó en el suelo al pie de una pequeña jardinera, en el justo lugar que le permitiera ver de cerca a la bella bailarina. Era de piel blanca, de cabello negro y corto. Tenía unos labios finos, como entre rojos y rosados, que parecían haber sido pintados por el beso de una rosa. Sus ojos eran verdes, y en sus mejillas vivía el color rojizo del crepúsculo. Delgada y no muy alta, quizá un metro sesenta y tres. Realmente era muy bella. Había quedado hechizado por la agilidad y gracia con la que se movía. El sudor que le resbalaba hacía que sus cabellos quedaran pegados a su frente. Cuán distinta comenzó a ser la vida para él. Sobre su alma cayó una rosa tan profunda y dulcemente, que no hizo otra cosa que mirarla y ser feliz. Por momentos la bailarina se detenía para cambiar de música y luego continuaba con sus rítmicos pasos. Pocos minutos

después ella dejó de bailar, la clase había llegado a su fin. Meliandro se quedó sentado varios minutos más, desconsolado al pensar que no volvería a verla. Pero alcanzó a escuchar su voz melodiosa, celestial, digna de su hermosura, que decía: *nos vemos la siguiente semana a la misma hora*. Tras escuchar esas palabras su corazón se llenó de alegría, comprendió que podría verla nuevamente, sólo era cuestión de esperar unos días. Permaneció sentado, mirándola, tratando de guardar en la mente su rostro. Ella tomó sus cosas y entró a una estación de tren cercana al lugar donde bailaba. Luego Meliandro se levantó con gran ánimo y continuó su paseo dominical. A partir de entonces su vida tomó un nuevo sentido, su mundo infantil quedó atrás, ahora se le presentaba una felicidad distinta, más bella y cautivadora. Al llegar a su casa fue directamente a su habitación y con el corazón más inspirado que nunca escribió los siguientes versos dedicados a ella.

De pronto una mañana vi tus ojos
Cristales luminosos
De un lago celestial.
Y así mi corazón cayó de hinojos
Con labios temblorosos
Mirada sin igual.

Durante toda la semana estuvo repasándolos, cerraba los ojos y pensaba en ella. Hasta ese momento las mujeres no habían causado en él mayor emoción. Sólo en ciertas ocasiones detenía su mirada en el rostro de alguna jovencita y sonreía ligeramente al preguntarse sobre esa inquietante admiración que se encendía en sus ojos, pero nunca como lo había hecho con aquella joven bailarina. Si bien, como a todo joven de su edad, el deseo amoroso empieza a

despertar, no había experimentado tal emoción como la que sentía por ella. Cada mañana al despertar era su primer pensamiento y su primera sonrisa. Escuchaba el canto de los pájaros con más alegría, pues ya no sólo cantaban al sol y a las flores, ahora lo hacían al despertar del amor en el corazón de un joven.

El siguiente domingo llegó más temprano. Se sentó en el mismo lugar y esperó. Poco a poco fueron llegando algunas señoras, esa era la señal de que su bella bailarina pronto llegaría. Algunos minutos después llegó. Llevaba puesto tenis rosas y un pans de color negro, playera y gorra rojas. Pese al aspecto desenfadado de su vestimenta no dejaba de lucir una belleza inigualable. Puso música y de inmediato comenzaron a bailar. Mientras Meliandro la miraba, se preguntaba cuál podría ser su nombre, pensaba que debía ser uno altivo, que respondiera a su lindo rostro. Comenzó a sentir un ardor en el pecho, su corazón no cabía de tanta felicidad. Se preguntaba cómo se podía ser tan feliz con tan sólo mirar a alguien. ¡Qué maravilloso y hermoso efecto tenía aquella bailarina sobre él! No separaba sus ojos a los de ella, fue entonces cuando se dio cuenta que de vez en cuando lo miraba. No, no era resultado de su deseo. De verdad lo miraba. Y lo hacía con una ligera sonrisa. Una inmensa emoción invadió todo su corazón. Siguió mirándola, más fijamente, tratando de leer sus ojos. ¡Ah, su bella cara, su ágil cuerpo!, podía en aquel entonces contemplarla toda la vida. Su mirada se perdía por unos instantes sobre la de ella. ¿Era acaso que realmente ella percibía su deseo? ¿Lograba la bailarina sentir el manantial de emociones que le recorrían todo el cuerpo, lograr ver en sus ojos la emoción con que él la miraba, y ver en su alma las flores que había sembrado, para mirar su rostro en ellas y poder cantarle todos sus versos? Lo miraba, ahora lo

sabía con seguridad. Y su mirada se dirigía hacia lo más profundo de su ser, llenando cada uno de sus sentidos. La bella bailarina se quitó la gorra, dejando su corto cabello libre. El sudor comenzaba a aparecer en su frente, y surgió en Meliandro el deseo de refrescar sus labios con aquellas gotas, cual fresco roció de primavera. Bailaba con más ímpetu, con más gracia y agilidad que la vez anterior. Alrededor de una hora después terminó la clase. Meliandro sintió un enorme desconsuelo, el tiempo había transcurrido más aprisa de lo que hubiera querido. No obstante, la vida le tenía preparado un nuevo misterio. Al tomar ella sus cosas detuvo nuevamente sus ojos en los de él, le sonrió ligeramente y se alejó. Esa imagen paralizó por completo su corazón. La miró partir, pero dentro de él estaba naciendo una luz, un sueño maravilloso.

Toda la semana pensó en la bella bailarina, cerraba los ojos y veía su cara, reproduciendo en su mente sus movimientos. Veía los ojos de ella mirar los suyos, la veía sonreírle. Era el momento de dar un nuevo paso. Ella notó su presencia, y quizá también la vez anterior. Tenía que hablarle, conocer su nombre y decirle lo linda que era. No podía dejar pasar en blanco esa oportunidad. Por las noches alternaba su tiempo en pensar en ella, y en escribir los versos que mejor describieran aquel sentimiento que nacía de su alma.

Latía mi corazón con ansia loca,
Y en cada palpitar soltaban
mis labios un beso para ti.
Mis ojos veían las alas de tu boca,
tan sólo suspiraban
¡si fueras para mi!

Por las mañanas leía nuevamente el papel y recitaba los versos todo el día. Qué hermosa transcurría la vida para Meliandro. Un universo de felicidad lo envolvía. Había una fiesta en su alma, todo a su alrededor le sonreía con dulzura. Debía hablarle. No sólo pensar en ella y en la forma en cómo se acercaría, debía llevar a cabo la idea, ya que los pensamientos vividos son los únicos que valen la pena tener.

El siguiente domingo llegó nuevamente temprano, acomodó su bicicleta y se sentó como las veces anteriores en el suelo, al pie de la jardinera. Se sentía feliz, estaba decidido a que ese día hablaría con ella. A los pocos segundos fueron llegando las personas de costumbre, hasta que por fin apareció la bailarina. Cuando dejó sus cosas y preparaba la música le lanzó una corta mirada. Sabía que él la esperaba, que su único motivo de estar ahí era ella, verla una vez más. Conjugar sus miradas en una sola. Meliandro decidió que al final de la sesión se le acercaría, le diría lo linda que era y le regalaría los versos que escribió pensando en ella. La bailarina inició su baile. La música invitaba a movimientos rápidos, como rápidos eran los ojos de Meliandro para no perder cada detalle de su fino rostro. Después fue bajando de ritmo. La bella bailarina comenzaba nuevamente a verlo y estiraba sutilmente sus labios, como cuando se sonríe. Algo dentro de Meliandro le decía que aquel baile le era dedicado, así como sus movimientos y el fuego de su mirada. La veía con arrobamiento, y en sus ojos pudo notar que sentía lo mismo que él. Sus miradas llegaron a tal unión álmica, que el sonido se convertía en dulcísimas melodías, que acompañaban la sensualidad de la bailarina. Su corazón de hombre latía con alegre fuerza. Las miradas se fundían, y entraban en su corazón como gigantescas olas. ¡Cómo hubiera querido en aquel momento decirle todas las

palabras que en su corazón se juntaban, cantarle sus versos, tomar su mano y decirle cuán enamorado estaba de ella! ¡Ah mi bella bailarina, te daría todas las estrellas del universo, si no tuvieras en tus ojos las más bellas!

Mientras contemplaba a la bailarina, un joven con aspecto molesto se le acercó. Su mirada desprendía rencor. Meliandro recordó que la vez anterior ese mismo hombre lo miraba con desagrado, pero no le había dado importancia. Se paró frente a Meliandro. Alzando fuertemente la voz y con unos ojos amenazantes le dijo:

-¿Otra vez tú aquí?

No supo qué decirle, quedó un tanto extrañado de la forma como se dirigió a él.

-Será mejor que te largues –continúo con su amenaza.

Meliandro no comprendía por qué aquel joven desconocido le gritaba de esa forma, por lo que al levantarse le dijo lleno de altivez:

-Discúlpeme, pero no creo que usted tenga derecho a gritarme de esa manera. Usted no es nada mío y no me conoce.

-Yo le grito a quien yo quiera, y lárgate, no tienes nada que hacer aquí.

- No creo que usted deba hablarle así a quien quiera.

-Ah, o sea que ahora tú me vas a decir a mi lo que debo hacer.

- No, le he dicho lo que yo pienso no debería hacer.

-Te crees muy listo verdad. Pues eso a mí no me importa.

-Es bueno que no le importe, no tendría por qué importarle.

-Mira, me estás colmando la paciencia. Vete de aquí, no quiero volverte a ver.

-Usted es el que ha venido a verme, no yo ha usted.

-¡Que te largues te he dicho!

-No sé por qué me grita. No tiene ningún derecho a hacerlo, mucho menos a decirme a dónde debo ir, así que se me disculpa, me volveré a sentar y seguiré viendo.

-Lo que vas a ver es esto…

Luego de que terminó su fúrica oración le dio tan terrible golpe en el estómago que Meliandro sólo pudo retorcerse de dolor y caer al suelo. En ese momento se escucharon gritos y se detuvo la música, oyéndose únicamente los alaridos de aquel sujeto contra Meliandro. La joven bailarina llegó cerca de ellos, gritó al agresor algunas palabras que lograron se marchara con el rencor y furia aún vivos en sus ojos. Meliandro seguía tendido en el suelo, tratando de aguantar las lágrimas que querían reventar en sus ojos. La bailarina se le acercó, con su mano le levantó el rostro para mirarlo, y con una bella sonrisa le preguntó si se encontraba bien. No pudo emitir palabra alguna, sólo asintió con la cabeza y le devolvió la sonrisa. Luego, ella le acarició su mejilla por unos segundos y lo ayudó a levantarse. Se había formado un círculo de personas alrededor, expectantes de lo ocurrido. Meliandro logró escuchar unas azoradas voces que indignadas decían lo bestia que había sido aquel hombre en haberlo golpeado sin más ni más. Un señor se acercó a él y le preguntó si se sentía bien. Respondió que sí, que sólo había sido el golpe. Todos se estaban yendo, la clase quedó interrumpida por razones obvias. Meliandro vio que la bella bailarina estaba recogiendo sus cosas, su aspecto parecía molesto. Comprendió que no era el mejor momento para acercarse a ella. Lo que lo entristeció enormemente. Sin embargo, antes de irse, ella lo miró con esa sonrisa que había cambiado su existencia y agitó su mano como se hace cuando las

personas se despiden. Él hizo lo mismo y sonriendo la miró alejarse, dejando flotar en el aire un suspiro.

Aunque le dolía el golpe recibido, su alma gozaba de una felicidad jamás sentida. Si bien es cierto que no pudo decirle nada a la bella bailarina, cuando se le acercó, como pudo sacó de su bolsillo el papel con los versos y se lo entregó, justo antes de poder sentir su mano acariciando su rostro; esas blancas y suaves manos con las que había amarrado su corazón al suyo con el hilo del amor. Una nueva vida llena de felicidad comenzaba a cautivarle con su perfume. Una vida cerca de la bella bailarina. Con una ardiente dicha en su corazón volvió a casa, mientras iba cantando una y otra vez sus versos. Al llegar a su habitación, sin advertir el dolor en el estómago escribió lo siguiente:

Mi rostro acariciaste
Tan bella me miraste
Volé.
Mi mundo iluminaste
Mi vida despertaste
Te amé.

A la semana siguiente Meliandro fue nuevamente al parque con laintención de ver nuevamente a la bailarina y lograr por fin hablar con ella, pero la ella no apareció. Desconsolado volvió a su casa. Cada domingo seguía yendo, y se sentaba al pie de la jardinera a esperar. Una espera que duraba alrededor de dos horas, hasta que cansado y triste decidía regresar. Fueron varios meses los que iba y esperaba a la bailarina, cada vez más tiempo, sin correr con la fortuna de verla. Hasta que un día se recostó al pie de la jardinera y no volvió a

levantarse más, no volvió a su casa. Cuando se hacía de noche o llovía se resguardaba en una casa abandonada. Ahí permanecía esperando que la lluvia cesara, o si caía la noche se quedaba a dormir. Al amanecer salía y regresaba al mismo lugar de siempre para sentarse y seguir esperando, pensando quizá, que en cualquier momento la bailarina llegaría. Al paso de muchos días, una señora de las que bailaban reconoció en Meliandro aquel joven que se sentaba todos los domingos. Lo miró aterrorizada, pues dado el tiempo que había pasado en la calle llevaba las ropas sucias, rotas, con un notable aspecto de haber adelgazado varios kilos. Desconcertada se acercó a él y le dijo:

-Muchacho, ¿estás bien?

Meliandro no le respondió.

-¿Te pasa algo?

-No.

-¿Por qué no vas a tu casa?

-No puedo

¿Por qué?

-No puedo

-¿Tienes problemas con tus padres?

Meliandro no contestó y permaneció sentado.

¿Quieres que te lleve a algún lado?

-No, gracias

-¿Necitas algo?

-No, gracias

-¿Cuánto tiempo llevas aquí?

-Meliandro no contestó

-Pero dime ¿qué haces aquí?

-Estoy sentado

-¿Para qué te sientas?

-Espero

-¿A quién esperas?

-A ella.

¿Quién es ella?

-La bailarina

Tras escuchar estas palabras, la señora cubrió su boca, como se hace cuando se recibe una dura noticia. En ese momento lo comprendió todo. Y conteniendo el llanto le dijo:

-Escucha jovencito, la bailarina que esperas se ha ido y no va a volver.

Meliandro giró la cabeza para mirarla, en su mirada no había ningún gesto, estaba vacía, como muerta. Se levantó sin decir nada, caminó algunos pasos hasta llegar a otra jardinera y se recostó nuevamente. La señora lo vio. Dulces y compasivas lágrimas brotaron de sus ojos.

Días después Meliandro fue encontrado por la policía. La noticia de la señora había terminado con el sufrimiento de los padres, quienes tras la ausencia del hijo habían denunciado su desaparición. Fue la misma policía quien llevó a Meliandro a casa. Su imagen era deprimente, la cara sucia, con una gran flaqueza y la mirada perdida causaron un terrible dolor en sus padres, quienes no sabían lo que estaba pasando con su hijo. Días después de que regresara, trataron de prestarle más atención, pero su estado de ausencia no cambió. Permanecía muchas horas mirando por la ventana sin decir nada. Cuando alguien le preguntaba qué era lo que miraba no respondía, y si era mucha la

insistencia se iba a su cuarto y se encerraba sin responder los llamados. Varias fueron las veces que Meliandro salía de casa y regresaba al parque a seguir esperando, y varias fueron las veces que era devuelto a casa. Por lo que sus padres decidieron impedir que volviera a salir. Un día, mientras se encontraba en el jardín del patio, sus padres entraron en su habitación y descubrieron sobre un escritorio algunos papeles con poemas inconclusos y con anotaciones, algunos otros eran versos sueltos. En una hoja aparecía un poema al parecer completo, escrito por Meliandro en el tiempo que veía a la bailarina, como una consumación de todos aquellos momentos que vivió cuando iba a verla, así como el amor que por ella sintió en su joven pecho. El poema decía lo siguiente:

Sobre tus pies se agita un fresco viento,
Con ágiles movimientos pareces flotar,
flotan palabras que decirte intento,
Y envuelven tu cuerpo sin poderlo evitar.

Baila baila, mi bella bailarina
Baila para siempre hasta caer el día
Baila baila, mi bella bailarina
cantaré para ti una dulce melodía.

En tu frente aparece un rocío matinal
De cristalinas gotas que mi sed alimentan,
Y en tus ojos profundos de un lago virginal
Se reflejan mis labios que besarte intentan.

e-ISSN: 1562-4072
Vol. 8, número 22 / Julio-Diciembre 2021
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Baila baila, mi bella bailarina
Y sonríele a la flor y a la estrella
Baila baila, mi bella bailarina
Que tú eres de todas, la más bella.

Miro el rojizo intenso de tus labios,
Como si miles de rosas te hubieran besado
miro el movimiento de tus blancas manos
Siguiendo el camino que me han trazado

Baila baila, mi bella bailarina
Déjame pintar tu rostro con las nubes del cielo
Baila baila, mi bella bailarina
Y viajar en tu cuerpo como pájaro en vuelo

Planté mi corazón en profundo ensueño
y un suspiro de tu boca lo hizo florecer,
mi alma es un beso que se apaga en el sueño
y despierta en tus labios al amanecer.

Baila baila, mi bella bailarina
No detengas nunca tu figura bellida
Baila baila, mi bella bailarina
te amaré por siempre, toda mi vida.

e-ISSN: 1562-4072
Vol. 8, número 22 / Julio-Diciembre 2021
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Mientras la madre leía los versos y apretaba los papeles sobre su pecho, hirientes lágrimas aparecían en su triste rostro. Ahora parecían comprenderlo todo. Al darse cuenta de esto, intentaron preguntarle quién era la bailarina de la que hablaba, pero Meliandro no respondía, seguía mirando por la ventana o se iba a otro sitio para no ser molestado. Tras muchos días en que su comportamiento era el mismo, y sintiendo una dura impotencia al no saber cómo ayudarlo, decidieron recurrir con un especialista en salud mental. Le explicaron cómo era antes y el repentino comportamiento que adquirió. El medicó asistió regularmente a visitarlo, ya que al salir de casa inmediatamente Meliandro corría al mismo lugar de siempre. Luego de haberle hecho unos estudios, el resultado era que debían internarlo en una clínica de salud mental con el fin de poder tenerlo en observación por más tiempo. Pasaron muchos meses, y el comportamiento de Meliandro seguía siendo el mismo, su aspecto macilento y una honda pena que habitaba en su corazón, no lo abandonaban nunca. Su pena amorosa lo fue poco a poco transformando en un monstruo de tristeza. Desde entonces ahí se le puede encontrar, mirando por una ventana o recostado al pie de una jardinera.

Esta obra está bajo una licencia CC